

Ya sobre el eje duro de diamante
El carro asolador rueda encendido
Que Marte rige fiero; retronante
Hiende la esfera; en sangre reteñido,
Huella crujiendo el seno palpitante
Del triste que sucumbe... ¡Ay del vencido!
Del caliente vapor que la rodea,
Rojizo lago en la campiña humea.

¡Qué densa obscuridad! Sólo se mira
El negro buitres que sediento invoca
Sangre para su sed; siniestro gira,
Y aguza el pico en la desnuda roca;
Posa las alas en la humana pira
Que arde al fuego del rayo; y aún es poca
La sangre que en los cráneos ha bebido,
Y aún pide más con hórrido graznido.

Y más tendrá. Vellido, arrebatado,
Rompe la hueste de Don Sancho, y llena
El suelo de cadáveres; hinchado
El pecho, ensangrentada la melena,
El rostro por las iras demudado,
Con gritos de venganza el aire atruena.
Doquiera que la planta audaz movía,
La victoria amarrada le seguía.

Cada vez más osado se adelanta,
Y no hay contrario alguno que animoso
Quiera ya resistir á furia tanta;
Todos huyen. ¿Mas quién el valeroso
Es que le espera con segura planta
En medio á su camino polvoroso?
—“Te encuentro al fin (Vellido al verle exclama),
Traidor, á Dios en tu socorro llama.”

—“Calle la lengua aquí, y hable el acero,”—
Lara responde; y sacudiendo airado
Con fuerte golpe á su corcel guerrero,
Contra Vellido cierra denodado.
¡Furia inútil! Vellido, más certero,
Le hiere, y le derriba ensangrentado;
Y entre el polvo y su sangre Lara expira,
Y ya Zamora la victoria mira.

Lo vió Don Sancho, y por la vez primera
Abatido gimió: por su mejilla
Corre el llanto, y exclama:—“¡Oh Dios! Él era
El mejor ornamento de mi silla.
¿Por qué el airado Cielo á herirme espera,
Cuando ya no hay valientes en Castilla?”—
Oye á Don Sancho el Cid, y león mugiente,
Le mira, y parte como rayo ardiente.

Allá va el Cid, de la morisma espanto:
¿Quién podrá resistir su embate rudo?
Presto del vencedor se ha helado el canto,
Y rueda roto su sangriento escudo.
Suspiros de dolor y olas de llanto
Zamora lanzará, que ya sañudo
El paladín de España centellea
En medio del fragor de la pelea.

Su talle, erguido como altiva roca,
Al que le mira en su Babiaca espanta:
Se apaga el rayo si su frente toca:
El trueno calla si él su voz levanta:
La muerte escucha dócil de su boca
Los héroes que ha de hollar su dura planta.
Allá va el Cid, de los cabellos de oro:
Huye, Zamora, ó doblarás tu lloro.

Sólo Vellido su soberbia frente,
Que es más noble y soberbia en la batalla,
Opone al nuevo lidiador potente,
A quien todo se rinde y avasalla.
Sólo Vellido á su espantada gente
Grita animoso; y del furor que estalla
Dentro en su pecho, algunos inflamados,
Le siguen á morir determinados.

Mas... ¡vano resistir! que ya Vellido,
Flaco ya el brazo, pero no el aliento,
Cede también: un lúgubre gemido
Sordo arranca del seno turbulento:
Mira en torno de sí, y está vencido;
Ruge, blasfema; y el arnés sangriento
Arroja al suelo, y la nudosa lanza,
Y huye, y se apresta á meditar venganza.

Le ve Gonzalo, y silencioso gime;
Gonzalo, honor del pueblo zamorano;
Y aunque ya el peso de la edad le oprime,
Aún osa acometer al castellano.
Mas ¡ay! que el hierro vanamente esgrime;
Y á sus hijos tornándose el anciano:
—“¡Hijos!—dice—mis fuerzas ya son vanas.
¡Hijos! si tales sois, honrad mis canas.”—

Y á los mancebos su venganza fia.
Rodrigo es el menor, y ser primero
Quiere en la lid de tan glorioso día.
Ya vibra osado el fulminante acero:
—“¡Adiós, por siempre adiós, oh patria mía!
Dichoso yo si por salvarte muero:
No negará tu venidera historia
Una lágrima fiel á mi memoria.”—

Óyelo el Cid, y tal valor le agrada.
—“¡Mancebo generoso! ¿á qué tu frente,
De juveniles flores coronada,
Exponer al alcance de mi ardiente
Jamás vencida, vencedora espada?
Deja que el tiempo tu vigor aumente:
Ten piedad de ti mismo.”—“Infame fuera
Si, muriendo mi patria, yo viviera.”—

Dice el doncel, y clava el acicate
En su negro bridón: de ímpetu lleno
Al Cid provoca, y á mortal combate,
Como si fuera en justas, va sereno:
Su lanza enristra ya: su pecho late,
Y á lidiar va resuelto como bueno.
El Cid no le acomete; se defiende
Nada más, y á salvarle sólo atiende.

Pero ¡ay! en vano, que el fatal destino
Quiere la muerte del doncel guerrero.
Tres veces el escudo diamantino
Del Cid piadoso repelió su acero.
Mas ciego el mozo arrójase sin tino
Sobre la lanza del contrario, y—“muero.”—
Exclama, y con la sangre de su herida,
Que el suelo inunda, se le huyó la vida.

No lloran sus hermanos, que valientes
Al Cid provocan á mayor pelea;
Y otra vez el crujir de las ardientes
Armas se escucha; el hierro centellea;
Sangre pide con voces inclementes
El genio que en la muerte se recrea.
Uno y otro mancebo en pos cayeron,
Y el alma noble por la patria dieron.

Gimió el padre infeliz:—“¿Mi flaca mano,
De qué mano amorosa veré asida?
¿Qué tardas en llevar, Cielo inhumano,
Al ya próximo fin mi inútil vida?”—
Prorrumpe en su dolor el triste anciano,
Mientras clama la turba conmovida,
En su angustiada faz los ojos fijos:
—“¡Miseró padre de infelices hijos!”—

Bárbara risa el trémulo semblante
Desarrugaba de Don Sancho el Fuerte;
En tanto que su seno devorante
De tumbas abre la insaciable muerte,
Arrástranse con paso vacilante,
Probar queriendo la postrera suerte,
Los bravos que aún existen, á Zamora,
Que, mal segura, con su Reina llora.

Don Sancho los acosa: en torno al muro
Tiende sus huestes. Sordo movimiento
Agita á la ciudad: rasgan su puro
Seno, en que brota funeral lamento,
Las desoladas vírgenes. Su obscuro
Manto la noche tiende: calla el viento,
Y va arrastrando el Duero perezoso
De la ciudad el eco lastimoso.

Sólo se escucha la estallante llama
Que enciende el sitiador, y brilla en torno;
Su luz, que por los campos se derrama
Roja, parece el funeral adorno
De las sienes de Marte, cuando brama
Y, de candente arena entre el bochorno
Su carro con furor precipitando,
El rayo va en sus manos agitando.

¹ Esta horrible exclamación no es siquiera verosímil en labios de un guerrero cristiano como D. Gonzalo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Pero ¿quién rompe con profana planta
Este suelo de horror? ¿Será Megera,
Esa que al margen de las olas canta,
Y eriza su cerdosa cabellera?
Su voz es sepulcral: su rostro espanta
Si luce al brillo de la ardiente hoguera.
—“Pérfido asolador: ya, ya te sigo;
Ven al Averno á recibir castigo.”

“¡Mansión eterna del eterno llanto!
Ya, obediente á mi voz, arder te veo:
Abre tu abismo á mi funesto canto:
Hunde al usurpador en tu Leteo;
No haya tregua á su bárbaro quebranto:
Ya, ya me escuchas: sus destinos leo:
Pérfido asolador, ya, ya te sigo:
Ven al Averno á recibir castigo.”

“Sepulcros, escuchad: rasgando el viento,
Rompase el mármol de la losa fría
Que sus víctimas cubre, y el lamento
De ellas arrulle sólo su agonía:
Dadle estéril tenaz remordimiento.
Espectros, despertad á la voz mía.
Pérfido asolador, ya, ya te sigo:
Ven al Averno á recibir castigo.”

“Cefídle vuestra fúnebre cintura,
Moradores del Érebo: sus huellas
Mi sombra seguirá: su sangre impura
Las furias beberán, y yo con ellas:
Ruja ya de la Estigia el onda oscura:
Extingase el fulgor de las estrellas.
Pérfido asolador, ya, ya te sigo:
Ven al Averno á recibir castigo.”—

Dijo, y en los vecinos torreones
Las brisas de la noche hondas gimieron;
Tendidos en el campo, los montones
De huesos insepultos recrujieron.
Partió luego, lanzando imprecaciones:
Y los astros su frente helada hirieron,
Su rostro cadavérico bañando,
Y con siniestro brillo fulgurando.

Vióse luego, en silencio y rebozada,
De un hombre adelantarse la figura.
—“Él es,”—se oyó decir regocijada
A la horrible cantora; y en la oscura
Mansión que ella previno, fabricada
De una cueva roqueña en el hondura,
Uno del otro en pos ambos entraron,
Y estas palabras lúgubres hablaron:

—“Salud al noble lidiador Vellido,
Consuelo de Zamora y esperanza.”
—“No hay consuelo jamás para el vencido.”
—“Sí: también es consuelo la venganza:
El hierro alcance, en sombras escondido,
Adonde el brazo lidiador no alcanza;
Corre: en su tienda está Don Sancho el Fuerte;
Rasga sus venas y su sangre vierte.”

“Por falaz mensajero alucinado,
Piensa ya que, al lucir la nueva aurora,
Irás tú mismo, solo y desarmado,
Para abrirle las puertas de Zamora.”
—“Seré traidor, en fin.”—“Serás vengado.
Corre, pues, que de crímenes es hora.”—
Calla Vellido, el rostro al suelo inclina,
Parte, y al real del sitiador camina.

Allí, de horrores y de angustias lleno,
El Rey Don Sancho vencedor se agita
En su lecho marcial; ¿por qué su seno
Bajo el dorado arnés así palpita,
Como cándida vela en mar sereno
Si furioso huracán la precipita?
¿Qué sueño funeral su pecho oprime?
¿Por qué en sudor se baña y ronco gime?

En ráfagas de luz el puro Oriente
Imagina encendido: fresca rama
De lauro en torno de su regia frente
Ciñe una ninfa, que en su sien derrama
Blandos aromas del cendal luciente,
Y abriendo el labio de carmín, le llama.
—“Bebe el raudal—le dice—de la gloria
Inextinguible: yo soy la Victoria.”—

Y una maciza copa de diamante,
Que entre sus dedos de marfil lucía,
Al ardoroso labio palpitante
Con acento de amores le ofrecía:
Nítida antorcha de cristal brillante
En su siniestra mano se encendía,
Y en sus ondas, que el aire embalsamaban,
Celestiales perfumes se quemaban.

Extiende el Rey su mano victoriosa:
La copa está en sus labios: de repente
Hierve el licor, y sube, ya rebosa:
Arde su seno: de su helada frente
Mana sangre que, negra y espumosa,
Le inunda el manto, y en vapor caliente
Se alza, la esfera toda obscureciendo,
Y agua para su sed pide muriendo.

Mas nadie le responde; enfrente mira
Un pálido esqueleto: ardiente tea
Con júbilo infernal en torno gira
Y entre su mano descarnada humea:
Tiembla su labio amarillento de ira:
De silbadores sierpes se rodea,
Y grita: —“Odiado Rey, no hay esperanza:
Tu frente pisaré: soy la Venganza.”—

Dijo, y moviendo la acerada planta,
Cruje bajo su huella el pavimento:
Sordo rumor expira en su garganta:
Lanza la muerte su abrasado aliento:
El suelo incendia, y entre el humo canta,
Y el eco de su canto es un lamento:
Y al fin, envuelta entre el vapor inmundo,
Se abisma entre las llamas al profundo.

De su letargo entonces se despierta
Don Sancho: alza los ojos, y á Vellido
Ve que le mira inmóvil en la puerta,
Como quien algo espera apercebido.
—“¡Rey Don Sancho!—le dice en fin,—alerta:
Que ya es hora del triunfo prometido.”
—“¿No me engañas? ¿Zamora será mía?”
—“Zamora es vuestra al despuntar el día.”

—“Vamos, pues.”—Y emprendieron el camino
Y ya la Luna á su cenit llegaba,
Resbalando su cerco diamantino,
Que en misteriosa nube se velaba:
Su rayo melancólico argentino
Con trémulo fulgor se derramaba,
Como expirante lámpara, en la obscura
Sombra de la ciudad y la llanura.

Allá, en la cima cóncava del cielo,
Con plañidero son las arpas de oro
Hieren, cubiertos de brumoso velo,
Los genios de la noche en triste coro.
¿Por qué mi pecho inunda mortal duelo,
Y se agolpa á mis párpados el lloro?
¿Por qué en mi yerta mano casi expira
Tímido el eco de mi triste lira?

De ciprés coronada y de verbena,
En alas de la noche pavorosa
¡Musa de los sepulcros! ven: ya suena
Tu voz en mis oídos, dolorosa
Como el postrer aliento del que pena:
Ya te veo que, pálida y llorosa,
Mensajera de muerte á mi descienes,
Y el manto funeral al aire tiendes.

Ya, no sin ira de su hueste fiera,
Don Sancho con Vellido departiendo,
De la tienda y del campo salen fuera,
Los pasos á Zamora dirigiendo.
Si Don Sancho mirara, quizá viera,
Delante de sus plantas discurriendo,
Una mujer que espectro parecía,
Reciente aborto de la tumba fría.

Ya se alejan: ya el margen olorosa
Pisan de fuente que entre lirios mana,
Donde se mira la purpúrea rosa
Que el lecho de las ondas engalana.
Ni un suspiro del aura silenciosa;
Ni un murmullo fugaz de la fontana:
Un no sé qué de misterioso suena,
Que de horror y placer á un tiempo llena.

Párase en este punto el compañero
Del infelice Rey: lanza un rugido,
Levanta el brazo armado, y el acero
Deja en el seno del Monarca hundido.
—“De traición me juzgabas mensajero,
Tirano Rey: como traidor te he herido.”—
Mudo Don Sancho á su verdugo mira
Un momento, y en tierra cae y expira.

Mientras huye Vellido y desaparece,
¿Quién es ésa que, el aire turbio hendiendo,
Junto al cadáver mísero aparece,
Con satánico gozo sonriendo?
En sangre sus cabellos humedece,
Y parte entre las sombras repitiendo:
—“¡Pérfido asolador! Ya estás conmigo:
Ven al Averno á recibir castigo.”—

El postrimero rayo macilento
Del astro de la noche ya lucía:
Quietas las alas tímidas, el viento
Sólo un tenue murmullo despedía.
Bañada en sangre, su aromoso aliento
La azucena en su cáliz recogía.
Luces, auras y flores, viendo el crimen,
Todas parece que en su lengua gimen.

El primer rayo matinal, prendido
En la cercana cima del Oriente,
Mostró aquel cuerpo exánime tendido
Del triste Rey á su turbada gente.
Con los ayes de pena, confundido
El grito de furor hondo se siente;
Mas ¿contra quién? Se ignora: huyó el malvado,
Del silencio y la noche acompañado.

En vez del himno de victoria, el canto
De la muerte se escucha: los valientes
Alzan el cerco: silencioso espanto
Se asienta mudo en sus nubladas frentes;
Y mientras riegan con su acerbo llanto
El pálido cadáver, con lucientes
Rayos el sol el horizonte dora,
Y se despierta en libertad Zamora.

ENSAYO PRELIMINAR

ACERCA DEL PROGRESO